

LA NAVIDAD



EN LAS MONTAÑAS



I

El sol se ocultaba ya : las nieblas ascendían del profundo seno de los valles ; deteníanse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco ; después avanzaban con rapidez hacia las cum-

bres; se desprendían magestuosas de las agudas copas de los abetos é iban por último á envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habían desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecían incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecían después de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del día anunciaban por donde quiera la proximidad del silencio. A lo lejos, en los valles, en las faldas de las colinas, á las orillas de los

arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas; las aves habían entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las rozas se encendía la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba á agitarse entre las hojas.



II

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriría nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaría á los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesus, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros dias de la vida.

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este dia solemne, en medio del silencio de aquellos bosques magestuosos, aun en

el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y la iluminacion espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubria el barandal del presbiterio y que ocultaba el pié de los blandones. Veía despues aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, á la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban á ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sonos populares con que los tañedores de arpas,

de bandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. *El Gloria in excelsis*, ese cántico que la religion cristiana poéticamente supone entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecia trasportarme con una ilusion encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emocion, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecia iluminado por la piedad religiosa.

III

Y despues de un momento en que consagraba mi alma al culto absoluto de mis recuerdos de niño, por una transición lenta y penosa, me trasladaba á México, al lugar depositario de mis impresiones de jóven.

Aquel era un cuadro diverso. Ya no era la familia; estaba entre extraños; pero extraños que eran mis amigos, la bella jóven por quien sentí la vez primera palpitár mi corazón enamorado, la familia dulce y buena que procuró con su cariño atenuar la ausencia de la mía.

Eran las *posadas* con sus inocentes pla-

ceres y con su devoción mundana y bulli-
ciosa; era la cena de Navidad con sus man-
jares tradicionales y con sus sabrosas go-
losinas; era México, en fin, con su gente
cantadora y entusiasmada, que hormigüea
esa noche en las calles *corriendo gallo*; con
su Plaza de Armas llena de puestos de
dulces; con sus portales resplandecientes;
con sus dulcerías francesas, que muestran
en los aparadores iluminados con gas, un
mundo de juguetes y de confituras pre-
ciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz
y de armonía. Era una fiesta que aun me
causaba vértigo.

IV

Pero volviendo de aquel encantado mun-
do de los recuerdos á la realidad que me
rodeaba por todas partes, un sentimiento
de tristeza se apoderó de mí.

¡Ay! había repasado en mi mente aque-
llos hermosos cuadros de la infancia y de
la juventud; pero ésta se alejaba de mí á
pasos rápidos, y el tiempo que pasó al dar-
me su poético adiós hacia más amarga mi
situación actual.

¿En dónde estaba yo? ¿que era entón-
ces? ¿adónde iba? Y un suspiro de an-
gustia respondía á cada una de estas pre-
guntas que me hacía, soltando las riendas

á mi caballo, que continuaba su camino lentamente.

Me hallaba perdido entónces en medio de aquel océano de montañas solitarias y salvajes; era yo un proscrito, una víctima de las pasiones políticas, é iba tal vez en pos de la muerte, que los partidarios en la guerra civil tan fácilmente decretan contra sus enemigos.

Ese dia cruzaba un sendero estrecho y escabroso, flanqueado por enormes abismos y por bosques colosales, cuya sombra interceptaba ya la débil luz crepuscular. Se me habia dicho que terminaria mi jornada en un pueblecillo de montañeses hospitalarios y pobres, que vivian del producto de la agricultura, y que disfrutaban de un bienestar relativo, merced á su alejamiento de los grandes centros populosos, y á la bondad de sus costumbres patriarcales.

Ya se me figuraba hallarme cerca del lugar tan deseado, despues de un dia de marcha fatigosa: el sendero iba haciéndose más practicable, y parecia descender suavemente al fondo de una de las gargantas de la sierra, que presentaba el aspecto de un valle risueño, á juzgar por los sitios que comenzaba á distinguir, por los riachuelos que atravesaba, por las cabañas de pastores y de vaqueros que se levantaban á cada paso al costado del camino, y en fin, por ese aspecto singular que todo viajero sabe apreciar aun al traves de las sombras de la noche.

Algo me anunciaba que pronto estaria dulcemente abrigado bajo el techo de una choza hospitalaria, calentando mis miembros ateridos por el aire de la montaña, al amor de una lumbre bienhechora, y agasajado por aquella gente ruda, pero sencilla y buena, á cuya virtud debia

yo desde hacia tiempo inolvidables servicios.

Mi criado, soldado viejo, y por lo tanto acostumbrado á las largas marchas y al fastidio de las soledades, habia procurado distraerse durante el dia, ora cazando al paso, ora cantando, y no pocas veces hablando á solas, como si hubiese evocado los fantasmas de sus camaradas del regimiento.

Entonces se habia adelantado á alguna distancia para explorar el terreno, y sobre todo, para abandonarme con toda libertad á mis tristes reflexiones.

Repentinamente lo ví volver á galope, como portador de una noticia extraordinaria.

— ¿Qué hay, Gonzalez? le pregunté.

— Nada, mi capitan, sino que habiendo visto á unas personas que iban á caballo delante de nosotros, me avancé á recono-

cerlas y á tomar informes, y me encontré con que eran el cura del pueblo adonde vamos, y su mozo, que vienen de una confesion y van al pueblo á celebrar la Nochebuena. Cuando les dije que mi capitan venia á retaguardia, el señor cura me mandó que viniera á ofrecerle de su parte el alojamiento, y allí hizo alto para esperarnos.

— ¿Y le diste las gracias?

— Es claro, mi capitan, y aun le dije que bien necesitábamos de todos sus auxilios, porque venimos cansados y no hemos encontrado en todo el dia un triste rancho donde comer y descansar.

— ¿Y qué tal? ¿parece buen sugeto el cura?

— Es español, mi capitan, y creo que es todo un hombre.

— ¡Español! me dije yo: eso sí me alarma; yo no he conocido clérigos españoles

mas que jesuitas ó carlistas, y todos malos. En fin, con no promover disputas políticas, me evitaré cualquier disgusto y pasaré una noche agradable. Vamos, Gonzalez, á reunirnos al cura.

Diciendo esto, puse mi caballo á galope, y un minuto despues llegamos adonde nos aguardaban el eclesiástico y su mozo.

Adelantóse el primero con exquisita finura, y quitándose su sembrero de paja me saludó cortesmente.

— Señor capitán, me dijo, en todo tiempo tengo el mayor placer en ofrecer mi humilde hospitalidad á los peregrinos que una rara casualidad suele traer á estas montañas; pero en esta noche, es doble mi regocijo, porque es una noche sagrada para los corazones cristianos, y en la cual el deber há de cumplirse con entusiasmo: es la Noche-buena, señor.

Dí las gracias al buen sacerdote por su

afectuosidad, y acepté desde luego oferta tan lisonjera.

Tengo una casa cural muy modesta, añadió, como que es la casa de un cura de aldea, y de aldea pobrísima. Mis feligreses viven con el producto de un trabajo ímprobo y no siempre fecundo. Son labradores y ganaderos, y á veces su cosecha y sus ganados apenas les sirven para sustentarse. Así es que mantener á su pastor es una carga demasiado pesada para ellos; y aunque yo procuro aligerarla lo más que me es posible, no alcanzan á darme todo lo que quisieran, aunque por mi parte tengo todo lo que necesito y aun me sobra. Sin embargo, me es preciso anticipar á vd. esto, señor capitán, para que disimule mi escasez, que, con todo, no será tanta que no pueda yo ofrecer á vd. una buena lumbre, una blanda cama y una cena hoy muy apetitosa, gracias á la fiesta.

— Yo soy soldado, señor cura, y encontraré demasiado bueno cuanto usted me ofrezca, acostumbrado como estoy á la intemperie y á las privaciones. Ya sabe usted lo que es esta dura profesion de las armas y por eso omito un discurso que ya antes hizo Don Quijote en un estilo que me seria imposible imitar.

Sonrió el cura al escuchar aquella alusion al libro inmortal que siempre será caro á los españoles y á sus descendientes, y así en buen amor y compañía continuamos nuestro camino, platicando sabrosamente.

Cuando nuestra conversacion se habia hecho más confidencial, díjele que tendria gusto en saber, si no habia inconveniente en decírmelo, cómo habia venido á México, y por qué él, español y que parecia educado esmeradamente, se habia resignado á vivir en medio de aquellas soledades,

trabajando con tal rudeza y no teniendo por premio sino una situacion que rayaba en miseria.

Contestóme que con mucho placer satisfaria mi curiosidad, pues no habia nada en su vida que debiera ocultarse; y que por el contrario, justamente para deshacer en mi ánimo la prevencion desfavorable que pudiera haberme producido el saber que era español y cura, pues conocia bastante nuestras preocupaciones, á ese respecto, muy justas algunas veces, se alegraba de poder referirme en los primeros instantes de nuestro conocimiento algo de su vida, mientras llegábamos al pueblecillo, que ya estaba próximo.

V

— Vine al país de usted, me dijo, muy jóven y destinado al comercio, como muchos de mis compatriotas. Tenia yo un tio en México bastante acomodado, el cual me colocó en una tienda de ropas; pero notando algunos meses despues de mi llegada que aquella ocupacion me repugnaba sobre manera, y que me consagraba con más gusto á la lectura, sacrificando á esta inclinacion aun las horas de reposo, preguntóme un dia si no me sentia yo con más vocacion para los estudios. Le respondí, que en efecto la carrera de las letras me agradaba más; que desde pequeño soñaba yo